

ARREDONDO, María Soledad, *Literatura y propaganda en tiempo de Quevedo: Guerras y plumas contra Francia*, Cataluña y Portugal, Madrid, Univ. Navarra / Iberoamericana/ Vervuert, 2011, 378 págs., ISBN: 978-84-8489-549-7.

Fruto de muchos años de trabajo y de una investigación constante sobre los autores y géneros citados, este nuevo libro de la profesora Arredondo no solo desarrolla en profundidad algunas de las cuestiones que le vienen interesando en los últimos años, sino que ofrece una elaborada reflexión sobre lo que significó la literatura polémica o de propaganda en el siglo XVII y el horizonte cultural y político en el cual se gestó. Se trata, de una obra que va más allá de las aportaciones concretas porque se arriesga a elaborar una propuesta metodológica que transforma lo que a veces ha sido considerado como un subgénero literario, en un testimonio histórico revelador de los usos y formas de comunicación de la Monarquía Católica y de las múltiples manifestaciones que adopta lo que denomina como “la guerra escrita”. A lo largo de sus páginas van desfilando nombres propios, imágenes, géneros, y argumentos que no son tanto un objetivo en si mismos, por muy sugerentes que en algunos casos sean, sino piezas indispensables para la reconstrucción de un minucioso proceso: el de la evolución de la escritura apasionada y partidista que se desarrolla entre 1635 y 1648. Un periodo de singular intensidad bélica, en el que la guerra contra Francia, la gran potencia propagandística de la época, obligó a intensificar y transformar las habilidades literarias de los escritores al servicio del poder. Muchos son los personajes reconocidos que, con mayor o menor intensidad, se ven comprometidos en esta empresa, algunos viejos conocidos de la autora, como es el caso de Quevedo, Saavedra Fajardo o Pellicer de Tovar, pero todos insertos en la batalla incruenta de las réplicas ingeniosas y las cerradas defensas. Ellos, junto con otros personajes no menos ilustres, son la expresión de otros muchos igualmente comprometidos, aunque, quizás, menos afortunados a la hora de conservar su autoría en unas obras consideradas como de “circunstancias”. Pero en cualquier caso, entre unos y otros, van tejiendo la trama argumental e ideológica de un nuevo tipo de acción política que el barroco no inventa pero que le presta la brillantez y la complejidad de un lenguaje llena de sutilizas. Rotundas en juicios y afirmaciones, tan sutiles en argumentos como mordaces a la hora de la sátira, casi siempre fruto de la urgencia o de la oportunidad del momento, sus palabras, al plasmarse en el papel, no pierden fuerza, sino que multiplican su sonoridad al insertarse en un juego de réplicas y contrarréplicas.

Estructurado en tres partes o grandes capítulos, el estudio de la profesora Arredondo, se inicia con una interesante introducción en la que expone con claridad sus planteamientos, los autores y las obras que va a tratar y la perspectiva desde las que los aborda. Cuestiones que definen el marco de su trabajo y que después irá desarrollando en un proceso descendente con mayor detenimiento. Prestando una especial atención al contexto histórico, tal y como hace en el capítulo titulado “Tiempo de libelos y campañas de imagen” que es, pese a su relativa brevedad, una documentada y reflexiva puesta al día de ese mundo de papeles y panfletos que agitan las contiendas del siglo XVII, en la que también aborda un tema sobre el que volverá

en muchas ocasiones: el de la conciencia que los propios autores tienen de los efectos de sus escritos sobre las maneras de juzgar de sus contemporáneos. Igualmente destaca el carácter de conjunto de las piezas literarias que maneja, porque detrás de todas ellas, ya sean cartas, alegaciones, proclamaciones o manifiestos, hay siempre una acción coordinada y dirigida desde el poder y unos escritores que están a su servicio, a través de una relación profesionalizada y específica. Pero, además, “estos tratadillos” como decía Saavedra, no solo son de encargo, sino también de ida y vuelta porque contestaban a una provocación, ya fuera francesa, catalana o portuguesa y, al mismo tiempo, la incitaban. Y no siempre estuvieron dirigidos al consumo interno, sino que solían ser difundidos fuera de las fronteras, convenientemente arropados, por otras acciones, verdaderas “campañas de imagen”, cuya finalidad no era otra que manifestar, mediante la amplificación oportunista de sucesos y victorias, la cara más festiva y grandiosa de una monarquía que, a juicio de propios y ajenos, declinaba.

Propaganda política o literatura de combate como indica el título del segundo capítulo que, en cualquier caso, se ajustaba perfectamente a la intención de “dar a conocer una cosa con el fin de atraer adeptos”, como señala el Diccionario de Autoridades, lo que echa por tierra muchas de las opiniones timoratas que niegan se pueda hablar de opinión pública en estas fechas. En este sentido las puntualizaciones terminológicas y sobre géneros que hace la profesora Arredondo la resultan especialmente clarificadoras con vistas a resolver la cuestión de quienes fueron sus verdaderos receptores reales, es decir, las personas que compraban, leían u oían estos opúsculos, de los que conocemos sus ediciones, pero no sus tiradas. Sobre ello se aducen hipótesis sugerentes que pueden abrir camino para resolver una incógnita sobre la cual las fuentes directas son poco explícitas. Aunque, en realidad, por más que las cifras se escapen y su público se mueva en la misma ambigüedad que el que va desplazando su gusto de las relaciones de sucesos al naciente periodismo, el objetivo a que se dirige, conmover o deshacer convicciones para ganar voluntades, es en sí mismo una prueba de que ese ente de razón que se conoce bajo el nombre de opinión, estaba ya instalado en el horizonte cultural de la época. Los géneros, los temas y, muy especialmente, las técnicas literarias de esta llamada literatura de combate, resultan muy expresivos de la intertextualidad de la propaganda entre 1635 y 1640, y de la modernidad de un fenómeno que, con mayor o menor intensidad, ya no desaparecerá.

Bajo el título de “La guerra de papel” se agrupan tres ejemplos concretos de escritos combativos: los provocados por la declaración francesa de 1635, representados por tres textos claves: los de Quevedo, Pellicer y Saavedra, analizados en su día por Jover, y estudiados aquí en el contexto de un fenómeno más amplio; las obras relativas al sitio de Fuenterrabía de 1638, y las respuestas de 1642 tanto a la Proclamación Católica de Sala i Berart, como a la rebelión portuguesa. De nuevo son las plumas de Quevedo, Pellicer y en ambos casos Adam de la Parra, las que encabezan la réplica, a las que se unen las de Francisco de Rioja y un joven Calderón de la Barca. Resultan reveladoras las puntualizaciones sobre la distinta situación desde la que escriben cada uno de ellos, así como la comparación entre estas obras de encargo y otros de distinto destino, más matizados, especialmente en el caso de Pellicer, cuya condición de cronista regio

no le había impedido mostrarse, en sus Avisos, bastante más crítico. El momento y el adversario también marcan diferencias y, así, el orden lógico de manifiesto-réplica que había primado en 1635 frente a Francia, da paso en 1642 al apasionamiento y la desmesura propia de los conflictos internos, en los que el factor emocional agudiza la expresión literaria de unos textos escritos como respuesta oficial a la Proclamación Católica de Sala i Berart. El de de Quevedo, escrito desde su aislamiento leonés, es un verdadero libelo que no pretende convencer sino amenazar. Más ponderada es la respuesta de Pellicer, *Idea del Principado de Cataluña*, cuya estructura y extensión lo convierten más en un tratado que en una mera réplica. Mucho menos conocido ha sido, hasta este estudio, la *Suplica... de Tortosa* de Juan Adam de la Parra que circuló como anónimo. Y la irrupción de Calderón en la campaña que refleja la experiencia del soldado del rey, un modelo de sobriedad. La obra se cierra con un apartado dedicado a Saavedra Fajardo, “de los Suspiros de Francia a las Locuras de Europa”, con quien se da entrada a los ecos de paz, pese a su escepticismo de diplomático a la hora de lograrla. El análisis de estas obras, de ninguna manera menores, su complejidad, y, en el caso de la última, su propósito de poner de relieve los desvaríos que se acometen en Europa bajo el designio francés a través de un diálogo incisivo, constituye un brillante colofón a un libro de interés no solo para los estrictos especialistas. Sobre la base de ejemplos concretos, despeja cualquier duda sobre la función agitadora de los libelos y la manipulación de los hechos en función de los intereses políticos, al tiempo que permite apreciar los cambios que se estaban produciendo tanto en la función social del escrito como en su ámbito de recepción, por el aumento relativo de la capacidad lectora. Pero sería desenfocar el trabajo valorar en primer lugar el expresivo conjunto de textos que nos ofrece y la propuesta que, para estos y otros casos, nos hace la autora: leerlos a través del doble filtro de la literatura y la historia para llegar más allá de su propia textualidad.

M. V. LÓPEZ-CORDÓN CORTEZO  
Universidad Complutense de Madrid